

Educación y trabajo. Un problema actual que nace en la Argentina moderna.

Alejandro Herrero (CONICET-Argentina)

Es un hecho habitual leer en los periódicos, al comienzo del año educativo, el lamento, en la Universidad de Buenos Aires, ante los fríos datos que hablan de un número masivo de alumnos que se inscriben en carreras de Derecho, Medicina y Psicología, y de un número insignificante de alumnos que se anotan en carreras vinculadas al sistema productivo. También es un hecho habitual leer en esos mismos periódicos, año tras año, el lamento de las empresas que tienen grandes dificultades para tomar personal idóneo. Juan Carlos Tedesco, un prestigioso educador argentino, ha llamado la atención en sus estudios históricos sobre este problema, y, hace pocos años, como Viceministro de Educación, fue uno de los promotores del fomento de las escuelas técnicas, y, en este momento, ejerciendo el cargo de Ministro, ha introducido esta problemática como uno de los temas en la agenda del debate sobre la futura ley de Educación Superior. Vale decir que esta cuestión acuciante ha sido señalada, se espera un debate, pero aún falta la respuesta.

Soy historiador, me interesa la historia porque es una de las vías para entender el presente. Actualmente, mi investigación consiste en estudiar la formación de la educación en los orígenes de la Argentina moderna (1880-1910). Me interesa interrogar el pasado a partir de esta preocupación del mundo en que vivo. Si debemos pensar cuál es la mejor solución para formar en nuestras sedes educativas sujetos que puedan adquirir las competencias necesarias para acceder el mundo del trabajo, sería oportuno indagar cuáles fueron las respuestas que se dieron en nuestra historia, y cuáles han sido sus resultados.

Sabemos que el sistema de instrucción pública fue diseñado, en el proceso de la conformación de la Argentina moderna, entre 1862 y 1880, apuntando a la formación de ciudadanos, de una clase dirigente ilustrada; y la preparación del personal idóneo para la burocracia del Estado. Escuelas normales de maestros, colegios nacionales y universidades conformaban el núcleo de esta educación estatal. La función política de la educación, tal como lo ha indicado hace tiempo Tedesco, es el rasgo dominante. Este rasgo es fundamental para cualquier tipo de Estado, pero, en el mundo moderno, es el trabajo, el desarrollo de las fuerzas

productivas, el que sostiene al Estado, y, por lo tanto, es imperioso, que la educación, como otras esferas de la realidad, sirvan a su desarrollo. Muy tardíamente, recién en los últimos años del siglo XIX, el Estado argentino crea una Escuela Industrial de la Nación y una Escuela de Comercio de la Nación; y hay que esperar a comienzos del siglo XX, para que se ensaye la primer experiencia universitaria del mismo tenor cuando se funda la Universidad Nacional de la Plata. Me detendré en dos casos, la escuela industrial y la UNLP, y ofreceré sólo algunos datos para reflexionar sobre esta cuestión que me ocupa.

Primera observación, el sistema de instrucción pública (escuelas normales y colegios nacionales), no forma el gusto por las carreras vinculadas al sistema productivo, por el contrario, fortalece el gusto por carreras como Derecho, medicina, entre otras, reforzando la idea del estatus instalado en el imaginario social. Segunda observación, los alumnos y egresados de la Escuela Industrial provienen de familias de clase media, y esto genera dos consecuencias, que quieran seguir estudios universitarios, y que no soporten la vida dura del taller o fábrica, tal como se argumenta en el Boletín de la Unión Industrial Argentina. Tercera observación, los egresados de la Escuela Industrial, en su mayoría, intentan ocupar puestos en la burocracia estatal nacional o provincial, y de este modo se mantiene la función política de la educación, esto es, se forma personal para las esferas del Estado. Cuarta observación, la Unión Industrial Argentina expresa en 1909, unos años después de la fundación de la Escuela Industrial y posteriormente lo repite en la década del 30, que sus egresados tienen conocimientos demasiados elevados para los talleres y fábricas, y esto tiene dos consecuencias negativas: los egresados de Escuelas Industriales pretenden un puesto laboral de dirección que los talleres o fábricas no le pueden ofrecer, y los industriales, a su vez, no encuentran personal adecuado, ya que demandan obreros especializados y no directivos.

En el caso de la UNLP, se debe subrayar, en primer lugar, que efectivamente adopta y sostiene (al menos entre 1908 hasta 1930) una política que favorece las carreras de Agronomía y Veterinaria, vinculadas con el sistema productivo, que cuentan con el mayor porcentaje en el presupuesto, a pesar de tener muy pocos alumnos. Éste último dato, además, nos informa sobre la falta de respuesta por parte de la sociedad, dado que existen carreras vinculadas al sistema productivo de la provincia de Buenos Aires, pero son escasos los alumnos que concurren a

ella y, por el contrario, es masivo el número que se inscribe en las carreras de Derecho y Medicina. Recordemos, como advertimos antes, que la misma enseñanza primaria y secundaria no forma el gusto para este tipo de carreras, y sí para otras como las recién indicadas. Tercero, los profesores de las carreras de Agronomía y Veterinaria, en su mayoría trabajan en el aparato del Estado en esferas abocadas a cuestiones agrarias, y a su vez, los pocos egresados se incorporan en esos espacios del aparato estatal nacional o de la provincia de Buenos Aires. Cuarto, profesores de Agronomía hacen una experiencia empresarial en la Escuela Práctica Regional de Agricultura y Ganadería en Santa Catalina (Partido de Lomas de Zamora, en provincia de Buenos Aires) perteneciente a la UNLP, con el objetivo de crear un modelo de explotación económica rural que sirva de ejemplo a los productores de la región. El resultado fue negativo, la empresa resultó inviable y tuvo que cerrar porque no podía autofinanciarse. Es más, las críticas fueron tan fuertes y contundentes que se reprochó también la incapacidad de estos ingenieros para dictar clases en la enseñanza superior, y en 1920, la UNLP, decide separar a estos docentes y colocar la escuela bajo la administración del Consejo Superior.

Sea en la Escuela Industrial de la Nación, sea en la Universidad Nacional de la Plata, pioneros en el nivel secundario y universitario en establecer la vinculación entre educación y economía se producen resultados similares y negativos. Un hilo cálido recorren ambas historias: la ausencia de diálogo entre las sedes educativas y el sistema productivo, el atrincheramiento de los educadores en sus conocimientos académicos, y una educación que no forma el gusto para seguir carreras asociadas al desarrollo económico. Para decirlo por fin, creo que en sede educativa somos parte del problema, y aspiro a que en el futuro seamos parte de la solución. Si bien esta ponencia se ciñe al lado negativo de las respuestas ofrecidas en el pasado, creo que es un comienzo para saber, al menos, lo que no debemos repetir.